

## MISCELÁNEA

### EL MÉTODO DE ISIDORO DE SEVILLA A TRAVÉS DE UN RECIENTE TRABAJO DE JACQUES FONTAINE

Se gestaron estas líneas en el transcurso de una labor cuyo objeto inicial fue llevar a cabo un breve comentario sobre el reciente libro de Jacques Fontaine titulado « *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne Wisigothique* »<sup>1</sup>.

Fue durante la elaboración del citado comentario, cuando nos sentimos atraídos por la metodología isidoriana y es así que penetramos más honda y minuciosamente en los entresijos del análisis que Fontaine realiza de los procedimientos utilizados por el ilustre sevillano para la composición de sus obras, que tantos y tan variados temas abordaron. Por esa vía llegamos a acumular una nutrida copia de fichas, de las que surgió la segunda parte de este trabajo, dedicada al problema metodológico en Isidoro, tal como lo presenta Jacques Fontaine.

Respecto a la forma en que hemos llevado a cabo la tarea, nuestra técnica se ajustó a los requisitos señalados por la preceptiva, para la redacción de los llamados « comentarios críticos ». No obstante, creemos oportuno agregar que hemos comprobado minuciosamente los textos isidorianos, referentes al método de trabajo, que aparecen citados en la obra de Fontaine, quien, invariablemente, los ha transcritos y vertido al francés en forma rigurosa.

Con estas palabras pensamos haber explicado satisfactoriamente la estructura de nuestro comentario y el recto sentido que debe darse a su título. Haremos pues, sin más trámite, un apretado análisis de la obra de Fontaine para pasar, en segunda instancia, al estudio de los métodos que utilizara Isidoro en sus trabajos, deteniéndonos sobre todo en los procedimientos que dieron lugar a la redacción de ese verdadero monumento a la erudición de la España Visigótica; los « Orígenes o Etimologías ».

<sup>1</sup> FONTAINE, JACQUES, *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne Wisigothique*, Paris, Études Augustiniennes, 1959, 2 t., 1009 pp.

ISIDORO DE SEVILLA Y LA CULTURA CLÁSICA  
EN LA ESPAÑA VISIGÓTICA

Es a nuestro criterio un acierto de Fontaine, comenzar su trabajo con un planteo franco del « estado actual » de la cuestión isidoriana, en el cual, con envidiable dominio del material bibliográfico, no sólo presenta objetivamente cada uno de los problemas que se plantean logrando colocar al lector en su verdadera médula, sino que sabe aprovechar la oportunidad para tomar « el toro por las astas » y definir con franqueza su propia posición ante los temas, que han sido, y son aún, objeto de debate por parte de los especialistas.

Afirmamos que procede con acierto por la sencilla razón de que en torno a la señera figura de Isidoro — especialmente durante la última centuria — se han vertido las más peregrinas y contradictorias aseveraciones que oscilan entre el panegírico desembozado y sin control y la crítica virulenta y alevosa.

Veamos, a modo de simple « muestra », el incongruente abismo que separa la opinión de un Bourret<sup>2</sup>, quien afirma que « la inteligencia de Isidoro es la medida de los conocimientos humanos », frente a la de Seyward Lear<sup>3</sup> quien en uno de sus artículos formula la siguiente pregunta, a modo de título, « ¿ En qué medida y por qué Isidoro ha sido un imbécil ? »

Durante un siglo la hipercritica, tan negativa como puede llegar a serlo la hagiografía laudatoria y desaprensiva, se ha cebado implacablemente en las obras de Isidoro, dando lugar como podía esperarse a la encendida reacción de quienes, al querer convertirse en adalides del vapuleado escritor, fueron a dar de bruces en opuestas y no menos dañinas exageraciones.

¿ Resulta lícito atribuir estas contradicciones abismales y desmesuradas sólo a la falta de equilibrio o capacidad de quienes las han formulado ? Quizá en buena parte sí, mas — en honor a la justicia — digamos con Fontaine que, al menos como excusa, ya que no como justificación, otra buena parte de la responsabilidad puede descargarse en la figura esencialmente paradójal del mismo Isidoro.

¿ Dónde radica la paradoja isidoriana ? Precisamente en la circunstancia de que Isidoro a quien, como recuerda Fontaine, colocara

<sup>2</sup> BOURRET, J. C. E., *L'École chrétienne de Séville sous la monarchie des Visigoths...* Paris, 1855, p. 203. Cf. FONTAINE, *op. cit.*, p. 3.

<sup>3</sup> SEYWARD LEAR, FL., *Saint Isidore and medieval science*, en Rice Institute Pamphlet, t. 23, 1936, p. 75. Cf. FONTAINE, *op. cit.*, p. 3.

Dante en el cuarto cielo del Paraíso, frente a un Beda el Venerable, siendo el escritor de mayor influencia en la que podríamos llamar « Temprana Edad Media », ofrece al propio tiempo amplio campo a todo tipo de críticas, pues, objetivamente analizadas, sus obras no pueden reivindicar sino muy mediana originalidad y se hallan salpicadas de graves fallas conceptuales y estilísticas.

¿Cómo afrontar entonces esta dualidad, aparentemente inconciliable? Creemos que debe hacerse precisamente en la forma en que la enfoca Fontaine; planteando los problemas con amplitud y perspectiva suficientes, evitando tratamientos parciales o anacrónicos que, sacando a Isidoro de su medio y de su época, dejan de lado lo que resulta a la postre, el pilar fundamental de esta espinosa cuestión. Nos referimos aquí a la incuestionable circunstancia de que Isidoro no es solamente « el primer testigo de la vida intelectual en el reino de Toledo, sino el único prosista hispano-latino cuya obra sagrada y profana merece ser comparada a las de los grandes autores de la latinidad cristiana »<sup>4</sup>.

Este valiente pero comprometedor planteo, obligó a Fontaine a llevar adelante su investigación redoblando los recaudos, poniendo en juego una amplia batería erudita, que se manifiesta cuando aborda ya el problema biográfico, ya la diversidad y unidad de la obra isidoriana.

Asimismo ello le condujo a formular un cuidadoso y detallado plan para el estudio de la cultura de Isidoro, presentado a través de una jugosa Introducción la cual, pese a su brevedad, constituye una de las partes más notables de la obra, porque en ella señala la necesidad de renovar los métodos de investigación, las dificultades concretas que el historiador debe afrontar y los caminos más seguros para llegar a superarlas.

La cuestión biográfica no se ofrece en Fontaine como un simple problema de erudición, por el contrario, el autor va dejando de lado todo lo que sea pirotecnia erudita para prestar atención sólo a aquellos aspectos de la vida de Isidoro que de alguna manera puedan arrojar luz sobre el problema de la tardía floración de su obra. Trayendo a colación la personalidad de Leandro, hermano mayor de Isidoro, y las circunstancias familiares y nacionales que incidieron sobre él, sabrá hallar razones legítimas que justifiquen coherentemente el hecho de que obras como las de Isidoro, hayan podido escribirse durante el primer tercio del siglo VII.

<sup>4</sup> FONTAINE, *Ch.*, *Op. cit.*, p. 5.

Acto seguido, una vez demostrada la medida en que Isidoro pudo recibir a través del núcleo familiar y social, la cultura de su época, Fontaine abandona la preocupación estrictamente biográfica y penetra en el panorama cultural que ofrecía el Sud de la Península Ibérica en la época isidoriana, señalando que buena parte de ella abrevaba — aun en el caso de los sacerdotes — en lo que legítimamente podríamos denominar la « tradición pagana ». Esta « tradición pagana » había sobrevivido a las invasiones del siglo v, a la tremenda « *volkerwanderung* » que diera por tierra con la dignidad imperial en el Occidente Romano, y al abrigo de circunstancias favorables daba por entonces sus frutos. Isidoro no aparece de ningún modo como una « flor exótica », no es un árbol solitario en medio del páramo, todo lo contrario, hay a su alrededor un número no despreciable de notables escritores <sup>5</sup>, aun cuando el ilustre sevillano les supere largamente por el volumen, la calidad y sobre todo, por la trascendencia de su obra. Legitimada y justificada así la tarea isidoriana por el medio en que floreciera, trataremos de penetrar ahora con Fontaine en las características fundamentales que la informan, entre las que habremos de destacar, haciéndonos eco de una aguda observación del autor, un optimismo sorprendente, una serenidad notable, un equilibrio inusitado en medio de « épocas revueltas ».

Para los tiempos que corrían en Europa, esta copiosa producción que no es polémica — como lo fuera casi toda la Agustiniiana — ni mística — como la del Papa Gregorio Magno — refleja una total confianza un optimismo, no demasiado justificado por cierto, en la estabilidad del reino visigótico. Es en esta actitud donde debemos buscar la causa de que Isidoro no compartiera la posición de rechazo de un Gregorio Magno frente a la « cultura mundana », y más aun que cuando haya de ocuparse de cuestiones religiosas, cosa que realiza con frecuencia, lo haga casi siempre en torno a asuntos concretos, de « orden pastoral ».

Al tocar estos temas, con penetrante sencillez, Fontaine devela el propósito fundamental de Isidoro quien pretendía, por medio de sus obras « construir una teología moral adaptada a las estructuras sociales del reino visigótico ». Así el « *De ecclesiasticis officiiis* » y la « *Regula monachorum* », contribuirían a la organización de la sociedad eclesiástica, secular y regular. Mientras que las « *Sententiae* », especialmente el

<sup>5</sup> Baste citar a Eutropio de Valencia, Liciniano de Cartagena, Eutropio de Málaga, Martín de Braga, Justo de Urgel y Apringio de Beja, para formarse una idea de la forma en que la tradición cultural había seguido su camino en la España del siglo vi. Cf. FONTAINE, *op. cit.*, p. 9.

tercer libro, extienden hasta el campo laico este notable esfuerzo constructivo que Isidoro supo llevar también a buen puerto en campos tan espinosos como el derecho canónico, la liturgia y la edición escrituraria <sup>6</sup>.

Con idéntico propósito Isidoro afrontó las obras de temas profanos, en especial esa notabilísima enciclopedia denominada « Orígenes o Etimologías », que el autor consideraba como la culminación de sus esfuerzos por sistematizar todos los conocimientos y actividades de su tiempo.

En este sutil análisis de los propósitos de Isidoro, es donde se apoya Fontaine para reprochar a quienes cometen el gravísimo error de separar, de tratar en forma aislada, las obras religiosas y las profanas, pues entre ellas prima una unidad esencial, unidad que se refleja sobre todo en los métodos de trabajo y en la forma que asume la exposición de los resultados.

En procura de afinar el análisis, Fontaine habrá de circunscribir el campo de su investigación y elige — con razones cuya validez no podemos dejar de reconocer — los tres primeros libros de los Orígenes o Etimologías. ¿Por qué lo hace? Primero porque en ellos habrá de hallar el material que desea y luego porque a su juicio no han sido estudiados aún con la intensidad que merecen. Una vez efectuado el análisis exhaustivo de estos tres primeros libros de las Etimologías, se propone Fontaine comparar los resultados obtenidos con el resto de las obras de Isidoro, prestando sobre todo atención a las fuentes en que se informa y los métodos de trabajo que utiliza; al cabo de ese camino intentará finalmente determinar las vinculaciones de la España Visigótica con el resto del Mundo Mediterráneo y valorar los méritos del llamado « Renacimiento Visigótico ».

Es entonces cuando forzosamente debe enfrentar el problema metodológico, que nosotros trataremos aparte, el cual adquiere suma gravedad en este caso. En efecto, Isidoro es un claro arquetipo de la erudición antigua, puesto que en él se manifiestan, con toda amplitud y dificultad, el hábito de citar de segunda mano autores que jamás se han leído y, al propio tiempo, la costumbre reiterada de utilizar otros de primera mano, pero sin siquiera mencionarlos.

Aquí habrá de hacer un alto Fontaine para descargar su artillería sobre los « Quellenforcher » alemanes quienes, despistados por la forma de citar de Isidoro, van a acreditar a un trabajo perdido de Suetonio;

<sup>6</sup> FONTAINE, G., *Op. cit.*, p. 11.

los « Prata », la totalidad de la obra de Isidoro, sin advertir como definitivamente lo probó Wassner <sup>7</sup>, que Isidoro recibió las citas de Suetonio a través de fuentes intermediarias.

Para Fontaine la « Quellenforschung » isidoriana se halla viciada por graves defectos, pese al sano propósito de convertirse en un instrumento de precisión. « Por su manifiesta proclividad a enfrentar los textos aisladamente, — dice Fontaine — a fuerza de no conocer sino el detalle de los textos la « Quellenforschung » tienen tendencia a olvidar que la obra fue escrita y pensada por un autor » <sup>8</sup>.

Así los eruditos alemanes se preocuparon más de recuperar los trozos de autores antiguos sepultados en la obra de Isidoro, que de bucear en las intenciones y en el alma del ilustre sevillano. ¿Cuál es entonces la tarea que espera hoy a quien se proponga trabajar sobre los textos de Isidoro? Para Fontaine se trata de una labor sumamente difícil, mucho más difícil que la que emprendieron los eruditos de la « Quellenforschung », pues el que eso pretenda estará obligado a satisfacer dos exigencias opuestas. En primer término, conocer y perfeccionar la tarea de los « Quellenforscher », especialmente en lo que respecta a la individualización de las fuentes indirectas, y luego, superar el análisis minucioso y abstracto, la « anatomía textual » para tratar de encontrar al autor, para ponerse en contacto con su capacidad creadora. Fontaine no excluye, todo lo contrario, partir en este segundo momento de la simpatía de los hagiógrafos con respecto a Isidoro, pero a condición de que esa simpatía sea rigurosamente controlada, respetando las normas técnicas de la moderna investigación histórica.

¿Qué elementos bibliográficos dignos de confianza existen para iniciar la tarea de acuerdo con este nuevo enfoque que propugna? Fontaine afirma que muy pocos, pues, luego de la aparición de las « Miscellanea Isidoriana » el año 1936, no se tienen noticias de que nadie haya intentado desarrollar el tema ajustándose a los dos recaudos básicos enunciados arriba, pese a la abundancia de trabajos de segunda mano que, como es de suponer, nada realmente nuevo aportan a la solución de los problemas isidorianos.

Así se decidió nuestro autor — aunque sin pretender el logro de soluciones definitivas sobre la totalidad de la obra y la compleja personalidad de Isidoro de Sevilla — a encarar la tarea enunciada. Parte según propias declaraciones de la edición de Lindsay <sup>9</sup> y de la ya antigua pero

<sup>7</sup> Vide FONTAINE, J., *Op. cit.*, p. 16 y nota 2.

<sup>8</sup> FONTAINE, J., *Op. cit.*, p. 17.

todavía utilísima, de Arévalo, reeditada en la *Patrología Latina* de Migne, agregando que, en ciertas lecturas dudosas, se remontó a los más antiguos manuscritos isidorianos. Aclara además que los trabajos de los « *Quellenforscher* » lo han ayudado relativamente poco, puesto que no versan sobre los textos que le interesan, ni los abordan en la forma que, a su criterio, corresponde. Vióse así virtualmente obligado a reconstruir el « fichero » de Isidoro, por supuesto en forma hipotética, trabajando sobre la literatura patristica de la que seguramente se valió Isidoro para escribir su obra.

Finalmente, con el propósito de completar la presentación del instrumental metodológico, Fontaine señala el apoyo encontrado en ciertas obras como el « *Thesaurus Linguae Latinae* » y el « *Dictionnaire du latin chrétien* », así como las obras de conjunto que usó para ubicarse dentro de la cultura hispánica de los siglos v y vi, aunque señala que excepto el caso de alguna en lengua española, la mayoría de los autores se limitan a pasar superficialmente sobre el tema cuando se trata de España, atribuyendo dicha pobreza a la falta de fuentes adecuadas.

Luego de esta presentación indudablemente notable del « estado actual » de la cuestión isidoriana; de los propósitos que le impulsan a renovar la investigación del tema; de los elementos con que cuenta para ello y de los métodos de que hará uso; comienza Fontaine a desarrollar su bien meditado plan de labor, que habrá de ocuparle cerca de mil páginas, divididas en seis partes, cada una de las cuales, según las necesidades del tema, aparece subdividida en variado número de capítulos.

Creemos oportuno bosquejar el contenido de estas seis grandes divisiones de la obra pues ello nos permitirá dar una idea general del plan del autor, brindándonos asimismo ocasión legítima de introducir algunas opiniones sobre los aspectos más remarcables del trabajo de Fontaine.

La primera parte lleva como título « Isidoro Gramático » y en ella se tocan temas de indudable interés como; El papel de la Gramática en la Cultura Isidoriana; De los Signos Gráficos a los Ortográficos: la *Litteratio*. Finalmente concluye con un notable capítulo — quizá el mejor — dedicado a Isidoro y sus autores gramaticales, en el que debemos asimismo destacar el último apartado que se titula; Originalidad de Isidoro como Gramático <sup>11</sup>.

La segunda parte de la obra se encamina a presentar la Retórica de Isidoro, mientras que la tercera describe la decadencia general de las

<sup>11</sup> FONTAINE, J., *Op. cit.*, t. I, pp. 205-210.

ciencias exactas y la actitud de Isidoro frente a las matemáticas, debiendo tenerse especialmente en cuenta los capítulos quinto y sexto, dedicados el uno a Música y Musicología y el otro a las Fuentes y el Espíritu de las Matemáticas Isidorianas.

La cuarta y la quinta parte contienen el análisis de la Astronomía y la Filosofía isidorianas, debiendo señalarse como particularmente afortunado el capítulo quinto de la quinta parte, titulado Isidoro Historiador de la Filosofía, por la originalidad y el rigor de sus razonamientos.

Finalmente viene la sexta y última parte de este libro, verdaderamente capital, pese a la modestia con que el autor intenta relegarlo a un plano secundario; se trata de la que titula « La Cultura de Isidoro de Sevilla ». La simple enumeración de los capítulos que la componen basta para apreciar su interés; La Biblioteca Profana de Sevilla; Los Métodos de Trabajo; Cultura Pagana y Cultura Cristiana; Cultura Antigua o Cultura Medieval; La Cultura Isidoriana en el Occidente Contemporáneo; El Renacimiento Isidoriano: su naturaleza y sus límites.

Aparte del novedoso contenido con que cuenta este sólido trabajo cuyo análisis minucioso no corresponde realizar aquí, debemos señalar la forma rigurosa en que Fontaine elabora y presenta el aparato crítico. No creemos exagerar, afirmando que en él se da ese equilibrio que la moderna historia científica pide a sus cultores, pues al propio tiempo que maneja las herramientas con la habilidad del artesano más avezado, se sabe elevar oportunamente al plano de la gran síntesis, mostrándose tan sutil en el empleo de la crítica hermeneútica y axiológica como en el cumplimiento de los momentos morfológico y aletológico de la investigación.

Jacques Fontaine, al dedicar este libro a su esposa, utiliza una cita de Estacio (Egloga Ad Uxorem) que dice así: « longi tu sola laboris conscia ». Ello sería cierto quizá hasta la publicación de la obra; hoy en cambio, quienes — como nosotros — conocen en carne propia lo que implica realizar una investigación de la envergadura y probidad de la que comentamos, son testigos de la abrumadora y rigurosa labor que la ha hecho posible, aunque no coincidan en una u otra tesis parcial.

#### EL PROBLEMA METODOLÓGICO EN ISIDORO DE SEVILLA

Hemos dicho que uno de los aspectos más interesantes y debatidos de la cuestión isidoriana es, precisamente, el problema metodológico, al que brevemente nos hemos referido líneas atrás. Jacques Fontaine dedica

a esta faceta de la labor de Isidoro el capítulo II de la Sexta Parte de su obra, capítulo que titula « Les méthiodes de travail »<sup>12</sup> y cuyo contenido trataremos de presentar y debatir aquí.

Con criterio a nuestro juicio acertado, recalca el autor que el caso de Isidoro es uno de los que más merecen ser estudiados desde el punto de vista de los métodos de trabajo, por tratarse de un hombre con múltiples preocupaciones y responsabilidades, alejadas del ámbito específico de una investigación de las características de la que tuvo que realizar en « Los Orígenes o Etimologías ».

A fin de aproximarnos al problema debemos precisar cual fue para Isidoro el objetivo fundamental, el papel que debían desempeñar las Etimologías en el Reino Visigótico. Lo que en realidad se propuso Isidoro fue poner al alcance de ciertos sectores, cuyas posibilidades de acceso cultural conocía perfectamente, una obra similar a las Instituciones Humanas de Cassiodoro, pero, como recalca Fontaine con justeza, « de acuerdo a un planteo más estrictamente etimológico »<sup>13</sup>.

¿Pero acaso tenía la misma posibilidad de información, los mismos materiales de trabajo y la misma preparación personal que Cassiodoro? Evidentemente no, pues no sólo carecía de ciertos textos, como los originales griegos de los escritos isagógicos neoplatónicos del siglo anterior, ni logró tampoco acceso a muchos otros materiales que Cassiodoro tuvo a su alcance por trabajar en Roma, sino que su formación eclesiástica le colocaba en inferioridad de condiciones para apreciar y sacar igual provecho de las fuentes profanas.

Nadie puede sin embargo negar que las Etimologías implicaron un tremendo esfuerzo de documentación, logrado sin duda con la colaboración de un « scriptorium » numeroso cuyos integrantes manejaron con soltura, aunque no siempre en forma homogénea, la técnica del « extracto », circunstancia que sólo puede comprenderse a la luz de un contexto epocal, al que Fontaine califica de « civilisation du digeste avant la lettre »<sup>14</sup>.

Afortunadamente, en once de sus obras, Isidoro ha incluido — quizá como parte de la « captatio benevolentiae » — referencias a los métodos que utilizó para redactarlas, siendo las referencias más completas aquellas que aparecen en el primer capítulo de las « Quaestiones » sobre el Génesis<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Pp. 763-784.

<sup>13</sup> FONTAINE, JACQUES, *Op. cit.*, p. 764.

<sup>14</sup> *Id.*, p. 765.

<sup>15</sup> *Id.*, p. 766.

Así, analizando dichos textos, se pueden señalar las características esenciales de la técnica con que Isidoro redactaba sus obras. Inicialmente trataba de reunir todos los trozos concurrentes de autores diversos que se refirieran a un mismo tema, para lo cual, aproximándose aquí a la técnica de los autores helenísticos, recorría las obras y procedía a realizar los primeros « excerpta » que luego sometía a una segunda etapa de abreviación. Vale decir ; partiendo de un conjunto de notas rápidas, ya de sí resumidas, efectuaba nuevos resúmenes, más breves aun.

Hay en ello, como recalca Fontaine, sincera preocupación por poner los textos a la altura de sus posibles lectores — clérigos o laicos de escasa preparación — realizando un genuino esfuerzo de vulgarización cultural.

Finalmente dichos materiales eran sometidos a nuevos procesos, de corte ya más personal, con el objeto de obtener un todo coherente. Era una verdadera operación de « relleno » en la que entraban en juego tanto los recuerdos personales del autor, como nuevas lecturas realizadas al efecto. Al tocar este tema, trae Fontaine a colación una cita del mismo Isidoro, la cual nos parece sumamente esclarecedora : « el ejemplo del león que borra sus huellas para que el cazador no pueda descubrirle » <sup>16</sup>. En efecto, con los recursos arriba citados e introduciendo convenientes retoques de estilo, el autor — al uso de la antigua « dispositio » retórica — procuraba crear la ilusión de un logro original, de algo nuevo y personal.

Resumiendo ; Isidoro comenzaba por reunir cuantos materiales sobre un determinado tema tenía a su alcance, sometiéndolos a un doble proceso de concentración, luego los agrupaba y ordenaba, rellenándolos con elementos nuevos que extraía de lecturas « ad hoc » o de su propia memoria y con ello elaboraba un compendio claro y conciso, asequible a la cultura media de los hombres de su tiempo. No difiere mucho, pues, Isidoro, si volvemos la vista hacia el pasado greco-latino, de la técnica secular utilizada por los eruditos antiguos.

Todo lo que acabamos de decir resulta valedero para el conjunto de las obras de Isidoro, pero ¿ puede aplicarse también al trabajo que más nos preocupa ; las Etimologías ? Indudablemente sí, pero teniendo en cuenta algunas variantes que el mismo Isidoro señaló en su dedicatoria al rey Sisebuto :

<sup>16</sup> *Ib.*, p. 769.

«... Sicut pollicitus sum, nisi opus de origine quarundam rerum ex veteris lectionis recordatione collectum atque ita in quibusdam locis adnotatum, sicut extat conscriptum stilo maiorum »<sup>41</sup>.

Isidoro declara poner aquí en juego dos tipos diferentes de materiales: 1) los que provienen de lo que podríamos llamar con Fontaine su « biblioteca mnemónica », que debía ser muy copiosa, y 2) textos de otros autores transcritos en forma literal.

Resulta lícito suponer que Isidoro trató de invertir la realidad por medio de tal dedicatoria para aumentar los méritos de su obra ante los ojos de Sisebuto, vale decir procuró enmascarar dentro de lo posible la participación de los recursos técnicos tradicionales y colocó en primer plano su cultura personal, actitud para nosotros inadmisibles puesto que sería, ni más ni menos, que reconocerle una memoria fabulosa y un tiempo libre del que Isidoro nunca dispuso mientras redactaba las Etimologías.

Pero, dejando de lado provisionalmente las declaraciones de Isidoro y penetrando en el texto de la obra, podremos afinar mucho más estas observaciones.

En principio coincidimos con Fontaine quien señala, como fruto del análisis del texto isidoriano, tres categorías de fuentes:

1) *Textos de apoyo*: resulta evidente que Isidoro recurría a textos de apoyo cuando el tema resultaba demasiado complicado para su preparación. En esos casos echaba mano de autores especializados y transcribía los trozos, sin someterlos a los procesos de concentración a que hicimos referencia.

2) *Extractos*: Constituyen los materiales más abundantes y llegaba a formularlos por el camino ya señalado, aunque, en muchos casos, subsiste aún la duda de si Isidoro trabajó sobre los textos originales — sometiéndolos al habitual proceso de doble concentración — o si operó directamente sobre extractos preexistentes, sujetándolos luego a un segundo resumen.

3) *Recuerdos*: Este es el aspecto que Isidoro quiere poner más de relieve. Indudablemente la « biblioteca mnemónica » juega en las Etimologías un papel no desdeñable. Como prueba de ello bastaría citar las numerosas inexactitudes en que incurre, que no se explicarían si Isidoro hubiera laborado sobre textos originales o resúmenes correctos.

<sup>41</sup> Isidoro, Epístolas, 6 Lindsay-Ml., t. 82, c. 73-74. Cf. FONTAINE, *op. cit.*, p. 771, nota 1.

Volvemos así, casi insensiblemente, a una de las cuestiones más espinosas de la crítica isidoriana. ¿Cómo determinar con exactitud cuándo Isidoro está citando erróneamente por fallas de memoria y cuándo sus errores son hijos de resúmenes defectuosos utilizados de segunda mano? Para complicar aún más el problema, Isidoro se manifestó siempre proclive a usar al propio tiempo el texto de apoyo y el extracto del mismo y, si sumamos a esta peligrosa tendencia la participación eventual de su « biblioteca mnemónica », tendremos finalmente una idea bastante acabada de las complicaciones que tal manera de trabajar acarrearía a los eruditos, hasta nuestros días.

Agreguemos también que la proporción en que dosificaba los ingredientes, determinó muchas veces la homogeneidad de los diferentes capítulos. Por ejemplo, allí donde primó un único texto de apoyo, hubo mayor coherencia, impuesta lógicamente por el texto utilizado. En cambio, en los temas en que Isidoro se sintió más cómodo y documentado, suelen sobrevenir páginas confusas y hasta acaso incoherentes, pese a que, por regla general, suelen ser las más frescas y originales.

Hay que hacer notar al respecto una aguda observación de Fontaine, pues con ella rebate a quienes comparan la tarea de Isidoro con la del « mosaquista » dado que, dice Fontaine, Isidoro no hace simplemente « adición por yuxtaposición » sino que imbrica estrechamente los textos, alternando permanentemente los fragmentos, en una tarea que se le antoja más próxima a la del ebanista que hace « marqueterie », que a la del « mosaquista » que se limita a combinar, según un diseño, pequeños mosaicos de colores.

Pese a las críticas a que hemos aludido más atrás, no puede negarse entonces a Isidoro el mérito de haber realizado una seria tentativa, un esfuerzo loable, aunque no muchas veces afortunado, por llegar al logro de la verdadera « síntesis ». Aunque ésta sólo se manifieste en los capítulos en que el ilustre sevillano sometía a sus materiales a una refundición completa y pese a que, aun en estos casos, quede subsistente para muchos la duda de si estamos frente a un escrito de Isidoro o ante un resumen anterior, que no ha llegado a nuestras manos.

Por eso es que, pese a sus tentativas de llegar a la síntesis, puede calificarse en general al método de Isidoro sólo como un instrumento adecuado al logro de una « composición », de una « redacción » sujeta a un plan etimológico.

Resulta demasiado evidente la preocupación por regularizar, ensamblar, pulir las junturas y borrar las huellas, para que nos engañemos al respecto. La síntesis permanecerá irremediablemente supeditada al

encuadre exterior que arrolla la estructura lógica, sacrificada no pocas veces a la intención de lograr un orden externo y ofrecer clasificaciones armónicas y claras a un cierto tipo de lectores cuyas posibilidades culturales, como hemos dicho, conocía bien.

Por eso es que hallamos no pocas veces en Isidoro inmolada la verdad en el altar de la expresión y la exactitud de la doctrina, en el de la nomenclatura. Ejemplo antológico de una intención de claridad y sencillez que, a fuer de querer ajustarse demasiado a sus objetivos, termina por desbordarlos, por abuso en la concentración y la simplificación.

Dicho esto con respecto a los textos de apoyo y a los resúmenes, volvamos al tercer ingrediente: la memoria. De ella repetiremos que no juzgó el decisivo papel que Isidoro quiere atribuirle, y que incluso nada hay que nos permita pensar que no tuvo a su alcance las « viejas lecturas » a las que hace referencia el sevillano. Empero, la acumulación de errores e inexactitudes nos hablan a las claras tanto de una redacción apresurada, como de un posible uso desaprensivo de antiguos recuerdos escolares, no sometidos a comprobación alguna.

Adelantamos ya que los tres tipos de fuentes utilizadas por Isidoro, salen a la luz al recorrer el texto de las Etimologías, pero en distinta proporción según los casos; ora nos enfrentamos a un capítulo hijo de un texto de apoyo del que casi no se aparta el autor, ora topamos de manos a boca con un tema abordado a base de recuerdos apenas apuntalados en resúmenes presurosos, ora hallamos trozos en los que Isidoro llega casi a la síntesis genuina utilizando resúmenes prolijamente confeccionados por él, o tomados quizás de obras para nosotros desconocidas.

¿Por qué tal anarquía metodológica? Describirla es en cierto modo sencillo, explicarla no lo es ya tanto. De algo sí estamos seguros; de que esta mezcla desordenada de métodos no obedece a una causa única y sencilla, sino a varias y no de la misma incidencia.

Pueden señalarse en principio dos series de causas: las primeras atribuibles a posibles fallas en el « equipo », en el « scriptorium » de Isidoro. ¿No habría en él una inadecuada división del trabajo? ¿Tendrían todos los integrantes la misma preparación? Indudablemente no. ¿Quién nos asegura que todos los textos son de mano de Isidoro y no de sus múltiples « garruli »? Ni siquiera podemos tener la certidumbre de que Isidoro haya podido revisar con cuidado todos y cada uno de los capítulos, especialmente los últimos, cuando gemía ya bajo el peso de los años y los achaques físicos, teniendo que hacer frente a múltiples obligaciones alejadas de su tarea científica.

Ahora, que de allí a pensar, como algunos lo han hecho, que el nombre de Isidoro ocultaba una « razón social » y que en la tarea casi no habría él participado, hay un largo trecho que no nos sentimos impulsados a recorrer sin pruebas de mayor peso.

El otro grupo puede integrarse con causas atribuibles a los propósitos y condiciones de la obra. Resulta factible pensar que son los propósitos etimológicos los que más inciden en el abuso del manejo de fuentes de tipos muy dispares, mientras que las condiciones materiales en que el trabajo fue redactado, falta de documentación sobre todo, acentuaron aún más la desorganización metodológica, que por otra parte, no quitaba el sueño a Isidoro, preocupado fundamentalmente en el logro de su objetivo primordial: hacer accesible a sus contemporáneos la inapreciable herencia cultural greco-latina.

JORGE LUIS CASSANI.